

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

No se devuelven los originales
que se reciben.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 12 DE JULIO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

—Déme Vd. diez y ocho varas de cinta color de café para un ribete.
—Muchas varas toma Vd., jóven.
—Yo en todo soy así; mejor quiero que sobre que nó que falte.
—Ahí tiene Vd. las diez y ocho varas, y que me tome Vd. muchas varas es lo que quisiera.
—¿Es Vd. picador?
—De aficion.
—Pues, hijo, yo no soy toro.
—Ya veo que es Vd. una muchacha capaz de marear á cualquiera.
—¿Cuánto es?
—Para Vd. seis reales, y el perro chico.
—¿Qué perro es ese?
—Un sello.
—¿Un qué?
—El impuesto.
—¿Qué dice Vd.?
—La contribucion.
—¿Cuál?
—Que ahora por todo hay que pagar un perro chico para el Gobierno.
—¿Y yo qué tengo que ver con el Gobierno?
—Eso quisiera él.
—Tome Vd. los seis reales de la cinta, y déjeme usted á mí de perros.
—Se expone Vd. á que la multen.
—¿A mí?
—Ó si nó, á mí. Lleve usted guardada la cinta.
—¿Pues qué! ¿Es contrabando?... ¡No faltaba más! En la mano la llevaré, que es mia y la he pagado.
—Pero no lleva Vd. el sello.
—¿Que no llevo el sello?... Facilito sería que á mí me pusiera nadie el sello. De la primera bofetada le volvia mico.
—¿Qué lleva Vd. ahí, D. Antolin?...
—Un pliego de sellos de cinco céntimos, porque mi mujer vá á salir hoy á tiendas y quiero que los lleve, y no se exponga á que me la multen, que el multado sería yo.
—Estará Vd. muy contento.
—¿Por qué?
—Porque ya vé Vd. cómo dura la situacion setembrina, á la que tanto contribuyó Vd.
—¿Hombre! no me hable usted de eso; ya estoy arrepentido. ¡Yo que compré papel el año sesenta y ocho, y ahora está á once y pico!
—Pues amigo, tenga Vd. paciencia.
—Mire Vd., vá siendo eso lo único que me queda.

—¿Caballero! ¡eh! caballero!
—¿Qué desea Vd.?
—Que me haga Vd. el obsequio de darme lumbre.
—Con mucho gusto. No sé si podrá Vd. encender.
—Sentiré no poder, porque hace media hora que vengo buscando lumbre.
—Nó, no puede Vd. Tomé Vd. un fósforo.

—¡Ah! gracias; yo no uso ya fósforos.
—¿Por lo del sello sin duda?...
—Nó, señor, eso sería lo de ménos, pero este Gobierno me ha dejado cesante y sería yo un tonto si fuera á dar recursos á quien me ha quitado los míos.

—Me ha horrorizado lo sucedido en Almaden.
—¿Y á quién nó?
—¿Qué infamia! Los des ingenieros asesinados por algunos de los obreros, eran personas de gran ciencia y de notables servicios, y todo su afan era mejorar la condicion de los trabajadores.
—¿Buen pago les han dado!
—Amigo, la semilla ha de dar su fruto. Las predicciones de los modernos reformadores de la sociedad no han sido extérriles. Los desgraciados obreros á quienes ahora castiga la ley pueden agradecerlo á los progagandistas de todos los delirios revolucionarios, que han vuelto el juicio á tanta gente ignorante.
—¿Y todavía hay quien pretende volver á llevar al gobierno del Estado esas ideas disolventes?
—Y las llevarán, si nó se unen todos los hombres sensatos de todos los partidos para poner término pronto á la situacion en que vive España, muriendo, desde el año 1868.
—Eso es difícil.
—Porque aquí no hay más que egoistas, que quieren solo el bien para ellos solos, y les importa poco la suerte del país.

—¿Es Vd. la portera de esta casa?
—Sí, señor, para servir á Vd.
—Para servir á Dios. ¿Cómo enciende Vd. el farol del portal?... y Vd. dispense la curiosidad.
—Hombre, ¿Vd. viene á guasearse?
—Nó, señora.
—Pues pongo esta escalera y me subo.
—A ver, déme Vd. la escalera; ¿así la pone Vd.?
—Sí, señor, pero no entiendo...
—¿Y luego se sube Vd. así?...
—¿Está Vd. loco?
—Y abre Vd. el farol y... ¡Maldito coracero! ¡qué mal arde!
—Pero hombre, ¿para encender el cigarro nada más ha entrado Vd. aquí?...
—Señora, Vd. perdone, pero soy padre de familia, tengo nueve hijos, y debo ahorrar. Los fósforos cuestan muy caros, y ya no los compro. Que Vd. lo pase bien. Cuando pase por aquí, permítame Vd. entrar á encender el cigarro, el único que fumo cada dia.

—España se va quedando pobre y abandonada.
—¿Por qué lo dice Vd.?
—Porque de seis años á esta parte se ha consumido toda su fortuna y han desaparecido los hombres más eminentes en todos los ramos.
—Es verdad.
—Vaya Vd. contando. De las escritoras ha muerto la más notable, la que era un verdadero genio, Gertrudis Gomez Avellaneda, que no merecia seguramente el olvido en que la tiene España, á la que tanto hoaró; de los poetas dramáticos ha muerto el que nunca tendrá quien le reemplace, Breton de los Herreros; de los hombres políticos de más saber y mayor modestia, Arrazola; de los sabios, el sabio Catalina; de los hombres de guerra, Concha y Prim; de los príncipes de la Iglesia, el Cardenal Cuesta; de los oradores, el que á todos aventajaba, Gonzalez Brabo; de los hombres doctos en Hacienda, Bravo Murillo; de los artistas, Rosales, el que ocupaba el primer puesto sin que nadie pudiera disputárselo. En fin, en estos seis años han desaparecido todas las grandes inteligencias, quedando solo gran número de medianías y turba multa de nulidades que para nada sirven y para nada estorban.
—Parece que Dios nos ha dejado de su mano.
—Tengamos en El confianza; no nos queda otro consuelo.



El capitán general del ejército español D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, «muerto en las guerrillas.»

LO QUE ES LA GUERRA CIVIL

Tenia yo de ocho á nueve años, y casi casi deseaba que hubiese siquiera un poco de guerra, porque siempre estaba oyendo hablar de ella y envidiaba á los que la habian conocido.
—¿Qué es guerra? habia preguntado á mi madre, y ésta me habia contestado:
—Hijo, Dios nos libre de ella, porque la guerra es matarse los hombres unos á otros.
—Pues mi hermano y yo no matamos á nadie, y siempre estás diciendo que somos muy guerreros y que damos mucha guerra.
Mi madre se echó á reir al oír esta observacion mia, y, lejos de rechazarla, pareció con-

firmarla dándole un apretado beso. Este proceder de mi madre, que al parecer no podía influir perniciosamente en mi criterio, influyó no poco, pues me hizo dudar más y más de que la guerra fuese solo matarse los hombres unos a otros, y los guerreros fuesen solo una especie de fieras.

Los chicos de la aldea me acusaban de *collon* viendo que, por ejemplo, cuando se mataba el cerdo en casa, en vez de hacer lo que en tal caso hacían ellos, que era ayudar a sujetar las patas al pobre animal sobre el banco en que se le tendía para meterle el cuchillo, ó encargarse de la faena de revolver con un palo la sangre que iba cayendo en la caldera, yo me escapaba de casa al castañar inmediato y allí me estaba llorando y tapándome los oídos para no oír los dolorosos gruñidos del cerdo, y no volvía hasta que éste había dejado de padecer, fausta nueva que me daba el humo del helecho ó de la paja con que se le chamuscaba en la portalada.

Pues á pesar de esto, y á pesar de lo que me decía mi madre cuando le preguntaba qué era la guerra, la curiosidad infantil podía en mí tanto que sentía no conocer la guerra más que de oídas. Esto que á primera vista parece inexplicable siendo yo tan *collon*, como decían los otros chicos de la aldea, tenía una explicación muy sencilla: para mi madre podía ser la guerra matarse los hombres unos á otros, pero para mí era ir por la aldea muchos soldados con fusiles y sables muy relucientes y uniformes muy hermosos, y embobarme viendo sus formaciones y ejercicios y oyendo sus tambores y cornetas. ¡Ahí era nada todo esto para los chicos de una aldea por donde casi nunca parecía un soldado, y cuando por casualidad pasaba alguno le íbamos siguiendo hasta más allá de las últimas casas, y no nos cansábamos de hablar de él en muchas semanas!

Tenía mi madre entrañable cariño á su aldea nativa, que estaba en la vertiente opuesta del valle, é iba á ella muchos días festivos, llevándome en su compañía. Un domingo de verano oímos misa primera y emprendimos mi madre y yo aquel viajecillo de una legua antes que calentase el sol demasiado.

El señor cura que había dicho la misa primera llevaba el mismo camino para ir á su casa, y nos acompañó en el corto trecho que separaba á esta de la parroquia.

Era hácia el año de 1830, y el señor cura nos dijo que algunos españoles emigrados en el extranjero habían hecho en la frontera francesa alguna tentativa para entrar violentamente en España.

—Si volveremos á tener guerra! exclamó mi madre asustada.

—No lo quiera Dios, dijo el señor cura, que la guerra civil es la peor de las guerras.

Llegamos frente á casa del señor cura, éste se quedó allí y nosotros continuamos nuestro camino.

—Madre, pregunté á la mía, ¿qué es guerra civil?

—Guerra civil es la que no es con extranjeros, sino entre gente de una misma nación.

—Y por qué ha dicho el señor cura que esa es la peor de todas las guerras?

—Porque verdaderamente lo es. Ya ves tú, pelear españoles con españoles, que es, como quien dice, pelear hermanos con hermanos...

—Pues, madre, á mí me parece que si los que pelean son todos españoles, es mejor que si fueran españoles y extranjeros, porque se entenderán mejor, harán menos daño á España, que viene á ser su madre, y harán más fácilmente las paces.

—Hijo, eso parece que debiera suceder, pero sucede todo lo contrario.

Mi madre trató de darme más claras explicaciones de lo que era la guerra civil, pero la pobre, aunque era de claro entendimiento y de sabio corazón, juzgó aquella empresa superior á su elocuencia y renunció á ella, de modo que á mitad del camino todavía la iba yo moliendo con preguntas dirigidas á saber por qué era la guerra civil la peor de las guerras.

Para subir del valle á la aldea de mi madre había una cuesta muy pendiente y larga, que no bastaban á hacer grata ni los multiplicados tornos del camino, ni la fresca sombra de los castaños, ni aun la alegría que mi madre y yo sentíamos siempre al terminarla viéndonos entre parientes y amigos que corrían alborozados á nuestro encuentro. Al pié de aquella cuesta había una casa donde vivía una viuda con dos hijos mozos, y allí, á la sombra de unos hermosos robles que amezaban la portalada de la casa, nos sentamos á descansar antes de emprender la subida de la cuesta.

Martina, que así se llamaba la viuda, salió á saludarnos en cuanto nos vó llegar, y después de obsequiarme con pan y fruta, se sentó á nuestro lado en uno de los maderos labrados que había en la portalada.

Mi madre le preguntó por Pepe y Agustín, que éste era el nombre de sus hijos.

—Buenos, á Dios gracias, contestó. No tardarán en

venir, pues han ido á misa primera para quedarse en casa mientras yo vaya á la mayor, y cuidar de que los ganados no entren en las heredades y hagan algún destrozo en la borona, que este año está muy hermosa.

—No tiene Vd. poca fortuna con lo buenos que le han salido esos chicos!

—¡Es verdad que la tengo, y no me canso de dar gracias á Dios por ello! No porque yo lo diga, pero son unos muchachos que más trabajadores, más hábiles para todo, de mejor conducta, y sobre todo más amantes de su madre, no los hay en toda Vizcaya. Ellos, sí, tienen también su péro, como todos le tenemos en este mundo...

—Mujer, qué péro han de tener esos chicos!

—Sí que le tienen, y si nó por eso crea Vd. que viviríamos como en la gloria, y pocas casas estarían más desahogadas que la nuestra, porque ya sabe Vd. lo que es andar siempre con pleitos y cuestiones de justicia. Por más que les predico á estos muchachos, es necesario, hijos, que domineis ese pícaro génio, no seáis tan quisquillosos y tercos, pues vuestras terquedades nos cuestan un sentido, y el mejor día vamos á tener por ellas algún disgusto que me quite ú os quite la vida;» por más que les digo esto, no puedo con ellos, pues por la cosa más tonta y sin sustancia arman una disputa entre sí con el primero que llega, y tenemos la de Dios es Cristo. Yo no sé á quién han salido esos muchachos. Su padre, que esté en gloria, es verdad que no sabía la mitad que ellos, pues ni siquiera sabía leer y ellos han aprendido buena escuela y no pasan día sin leer algo en algún libro ó algún periódico, pero en cambio era un bendito á quien no se le oía una voz más alta que otra. ¿Que Fulano pensaba negro y él pensaba blanco? Pues le dejaba pensar como quisiera y anda con Dios. ¿Que Mengano no se había portado bien con él? Cómo ha de ser, seamos indulgentes para que lo sean con nosotros, que en este mundo nadie es impecable. ¡Váyaos Vd. con eso á estos chicos! Pero, señor, ¿será posible que cuanto más saben las gentes han de ser más quisquillosas y guerreras, como les sucede á estos chicos míos?

—Ea, ahí los tiene Vd.

—Y altercando como de costumbre!

En efecto, los muchachos llegaban disputando entre sí y acompañados de otros de aquellas cercanías que también venían de misa primera y tomaban parte en la disputa unos dando la razón á Pepe y otros dándosela á Agustín.

Nos saludaron todos afectuosamente, y sentándose en los maderos, Pepe y Agustín volvieron á la disputa que al llegar habían suspendido.

—Pero, hijos, les dijo Martina, ¿que siempre habeis de estar como el gato y el perro!

—Es que éste se empeña en llevarme siempre la contraria.

—Quien se empeñaba en llevármela á mí eres tú.

—Hijos, dejaos de disputas...

—Yo maldita la gana tengo de ellas si nó me provocaran.

—Quién provoca eres tú.

—Tiene razón Agustín, dijeron algunos de los otros mozos.

—Quien la tiene es Pepe, replicaron los demás, excepto uno que no atribuía la razón á uno ni otro, y procuraba en vano hablar.

—Pero por qué es la disputa? Por alguna tontería, ¿no es verdad?

—Sí, señora, por una tontería de este terco.

—La tontería y la terquedad son tuyas...

—¡Vamos, hijos, no hay medio de entrar en razón con vosotros! dijo Martina; y añadió dirigiéndose al mozo que se había abstenido de dar la razón á uno ni otro: Prudencio, ¿qué es lo que ocurre?

—Yo se lo diré á Vd., Martina: lo que ocurre es que ni Agustín ni Pepe tienen razón, y yo se lo hubiera probado inmediatamente si me hubieran dejado hablar...

—No te hemos dejado hablar, interrumpió Agustín á Prudencio, porque tú eres un pastelero que siempre quieres quedar bien con Dios y con el diablo.

—Esa, esa es la pura verdad, asintieron los de uno y otro bando.

—Pues ahora no teneis derecho á hacerme callar, porque no hablo con vosotros. Alcancé á estos al empezar la bajada de la cuesta, y ya venían disputando sobre quién era un caballero que anda de caza en los rebollares del otro lado del río. Pepe decía que era D. Juan de Arana, el de Balmaseda, y Agustín que era D. Pedro de Agüera, el de Castro; y unos dando la razón á Pepe y otros dándosela á Agustín, estaban ya tan ciegos y acalorados que les faltaba poco para venir á las manos. Me enteré del motivo de la disputa, les digo que unos y otros están equivocados, y sin querer oír más se ponen furiosos contra mí, continúan la disputa y esta es la hora en que aún no me han dejado meter baza para probarles en cuatro palabras que tan equivocados están unos como otros.

—Yo no lo estoy.

—El que no lo está soy yo.

—Tiene razón Pepe.

—La tiene Agustín.

—Sois unos indecentes.

—Los indecentes sois vosotros.

Entre Pepe y Agustín y sus respectivos parciales se armó tal barullo, y la irritación, los denuestos y las amenazas eran tales que todo presagiaba una catástrofe, por más que Martina, mi madre, Prudencio y hasta yo mismo tratábamos de apaciguar á los contendientes.

Al fin Pepe dió una bofetada á Agustín, y éste contestó á Pepe con otra, y la lucha á bofetadas y á palos se hizo general.

Mi madre y yo nos separamos un poco del campo de batalla asustados, y no sin haber experimentado algún daño. Únicamente esperábamos que Martina y Prudencio, que tenían más influencia que nosotros sobre los contendientes, y continuaban esforzándose por apaciguarlos, consiguieran poner término á la lucha; pero pronto se desvanecieron nuestras esperanzas cuando vimos á Prudencio vacilar de un garrotazo que le alcanzaron los de un bando y caer de otro con que le secundaron los del bando contrario. Ya sólo Martina continuaba haciendo heroicos esfuerzos por restablecer la paz, pero no tardamos en verla también caer, si nó de un garrotazo intencional, de uno involuntario, y dar con la cabeza en uno de los maderos tan terrible golpe que perdió el sentido.

Mi madre y yo también, á pesar de mi *collonería*, corrimos en su auxilio y el de Prudencio, y les vendamos á ambos la cabeza con pañuelos, pues ambos la tenían rota.

Cuando el combate estaba á punto de terminar, no porque los combatientes se hubiesen convencido de su sinrazón, sino porque estaban agotadas sus fuerzas, Prudencio recobró el sentido y aún nos ayudó á llevar á Martina á casa.

—¡Qué terquedad la de estos hombres! exclamó mi madre.

—¿Terquedad? contestó Prudencio. Aún no lo sabe usted bien. La disputa ha sido sobre si el cazador es D. Juan ó es D. Pedro, y ni D. Pedro ni D. Juan puede ser, pues los dos murieron hace algunos meses.

Poco después mi madre y yo emprendimos la subida de la cuesta y vimos que una manada de vacas habían entrado durante la reyerta en una hermosa heredad de Martina y habían arrasado el maíz.

—Mira, hijo mio, lo que ha sucedido, me dijo mi madre: sin tener ninguno razón, y creyendo todos tenerla, han disputado, se han odiado y han peleado como Caines. Ellos han perdido, pero más han perdido los que ninguna culpa tenían, que eran Martina y Prudencio, en quienes estaban el amor y la prudencia. ¡Las vacas han destruido un sembrado de borona, pero la reyerta le ha reemplazado con otro de ódiol! Hijo, ¿no querías saber lo que era la guerra civil?

—Sí, madre.

—Pues la guerra civil viene á ser eso!

—¡Maldita sea esa guerra! exclamé, y aquella maldición aún se escapa de mis labios cada vez más indignada.

ANTONIO DE TRUEBA.

ABULTAMIENTOS.

¿Saben Vds. que me ocurre una idea tristísima al ver el afán que tienen las señoras mujeres en enseñar ciertas cosas y suponer abultamientos naturales en salva y salva la parte? Pues esta idea es la de que algunas incurren en el pecado de liviandad deliberadamente, y las otras sin deliberación alguna. El sentimiento estético no puede ser el que mueve á una mujer á echar al aire la tabla del pecho, que casi siempre es huesosa, y carece, por tanto, de la suavidad y hermosura de otras partes *blandas* del cuerpo. Y mucho menos puede ser ese sentimiento el que la mueve á los abultamientos á que me refiero y no me atrevo á nombrar, temeroso de que se diga que si fué, que si vino. Puede ser capaz el cuerpo humano de ciertas reformas artificiales que corrijan y embellezcan la obra de la naturaleza; por ejemplo, la reforma del color del cutis, de la barba y del cabello; pero la reforma que consiste en desproporcionar con el resto del cuerpo ciertas partes del mismo abultándolas exageradamente, lejos de constituir una belleza, constituye una monstruosidad, ó mejor dicho una indecencia.

La invención de los *polissons*, de los miriñaques de los petos y de otros abultamientos corpóreo-femeninos, es hija de un sentimiento liviano y nó de un sentimiento estético, y por consecuencia puro. La depravación del gusto y del instinto animal lleva á muchos hombres á enamorarse de lo que es una verdadera superabundancia en el cuerpo de la mujer; y

algunas mujeres, careciendo de esta superabundancia, la han frigidado con la idea de poseer un vergonzoso medio de agrandar á los susodichos hombres. De aquí la invención del *polisson*, del miriñaque y del almohadillado pectoral.

Pase que las mujeres livianas hagan uso de esta invención; pero únicamente teniendo en cuenta lo que son las mujeres

á hacer lo que ven hacer, y no lo que debe hacerse, se comprende que la casta esposa y la candorosa doncella, que no aspiran á despertar en los hombres más que sentimientos y deseos puros, se apresuren á ataviarse con las invenciones de las mujeres livianas y vayan por esas calles de Dios envaneciéndose con esos atavíos, como si fueran los más naturales y honestos del mundo.

El asunto es difícil de tratar para el que tiene fines tan honestos y explicaderas tan malas como yo; pero me parece que lo que he dicho bastará para que se entienda lo que no me he atrevido á decir, y las señoras mujeres que cometen, sin deliberación alguna, el pecado de liviandad, se apresuren á relegar exclusivamente ese feo pecado á las que incurrirán en él deliberadamente. Los padres y los maridos que, salvas deshonrosas y frecuentes excepciones, tienen más caletre que las señoras mujeres, ayudarán en esta obra de misericordia á

ANTON DE LOREAGA.

SE SALVÓ EL PAIS.

¿No querian ver ustedes alguna conquista más?

Pues ya tienen otra que nos ha venido á sellar.

El Gobierno que nos rige al ver que la Hacienda va quedando más trasparente que tela de tamizar,

y que el sistema de empréstitos dá muy poco de sí ya, ha tomado otra medida salvadora y liberal.

No saldrá ya de un comercio un objeto sin sellar.

Súrtanse ustedes de fósforos, si es que no lo han hecho ya, que de la *sellomanía* pronto víctimas serán.

Y si acaso estos recursos no bastasen á curar de nuestra infeliz Hacienda la tisis, crónica ya,

pagará usted, ciudadano,

un sello por almorzar,

otro por ir al café,

otro por tener gaban,

y si va usted á casarse un sello habrá de pagar,

y al ciudadano que nazca su sello se le pondrá,

y nadie á la sepultura sin sello podrá bajar.

Y como así continuemos, dentro de un año á lo más tendremos en cada puerta de guardia un municipal,

que en cuanto salga un vecino en la levita ó gaban le plantará á usted el sello con mucha formalidad;

dará usted un *perro chico*, él lo tomará, y en paz.

Siguiendo así, con el tiempo se vá á sellar hasta el gas.

Ahora, si hay alguien que diga que est no es felicidad,

y que no estamos en Jauja, es acreedor á un ronzal.

Y aquí yo sello mi boca, porque me he olvidado ya de que estamos (así dicen) en tiempos de libertad.

GONZALO TOURS.

Julio 3, 1874.

CARTAS DE ALEMANIA.

Correspondencia particular de EL CASCABEL.

BREMEN 18 Junio 1874.

Sres. D. Carlos Frontaura y D. Teodoro Guerrero.

El día 13 escribí á Vds. mi primera carta desde Hamburgo, cuatro horas antes de tomar el tren para

esta ciudad, en donde me encuentro hace cuatro días, centro hoy del movimiento considerable que atrae su Exposición. Dispongo de un intervalo de tres horas, y lo aprovecho para volver á escribir materialmente ganando millas. La ciudad de Bremen no tiene, que yo sepa, grande comunicacion con España y mucho menos con Madrid; quizás por eso es poco conocida, no obstante el importante papel que representa en la Confederación germánica. ¿Pecaré de importuno si indico á Vds. algunos datos, siquiera sea someramente?

El origen de Bremen data del año 788, y en 934 Carlo-Magno fundó un obispado con una Constitución política independiente, que sostuvo hasta que en 1284 entró en la liga Hanseática. Hasta principios del siglo, Bremen, como un castillo inexpugnable, permaneció encerrada en sus poderosas fortificaciones rodeadas de profundos fosos; pero apenas se firmó la paz entre Francia y Alemania, el Ayuntamiento decretó unánimemente demoler sus fortificaciones y sobre sus cimientos se construyó el Bremen moderno, con sus parques y sus lagos, sus puentes y sus flores, que constituyen el ornamento mayor de la ciudad. Bremen, pues, se divide en dos partes, que separa el río Weser con magníficos puentes de hierro; la antigua ciudad es muy limpia y regular, pero el Bremen moderno es tan original como encantador; figúrense ustedes un inmenso parque lleno de flores, lagos y paseos, y en medio de él, y por todos sentidos, una ciudad de hoteles primorosos, cada cual con su jardín, sus fuentes, sus esculturas. Independientemente siempre, continúa hoy su constitución republicana con un Municipio y un Senado; y sin perder su carácter ni sus leyes propias, entró no obstante á formar parte del Imperio alemán desde la reciente paz de Francfort. Su rápida prosperidad, su vasto comercio se debe principalmente al burgo-maestre M. Smidt, fundador del puerto de Bremenhaven, distante dos horas de la ciudad y situado en la embocadura del Weser. Este puerto contiene magníficos muelles y aspilleras, y según la estadística del último año, registra 6.422 buques entrados; la gran Compañía de Kloyd sostiene al pie de 50 vapores trasatlánticos de una capacidad mayor (algunos) de los de nuestra respetable Compañía de Lopez que honra á España. La importancia comercial del último año ascendió á 13 millones de libras esterlinas y la exportación 14 millones; Bremen, pues, ha tenido un beneficio de 100 millones de reales en el año último; pero como no hay luz sin sombra, por el mismo puerto de Bremenhaven sale anualmente el número inmenso de emigrantes para todas las Américas.

Bremen es una ciudad esencialmente pacífica, con una policía que á mí, á fuer de español, me tiene asombrado, y si nó, apelo á los siguientes testimonios: en una ciudad como ésta que contiene 92.000 habitantes, los niños y niñas van y vuelven de las escuelas completamente solos, y esto sucede con niños de cinco años en adelante; los magníficos escaparates de sus tiendas están resguardados por grandes cristales, como lo están las puertas de las casas, y los unos y las otras permanecen abiertas toda la noche en medio de la oscuridad; los jardines de las casas están llenos de flores; pues bien: ni los niños se pierden, ni se les atropella, ni en los escaparates ni casas ocurre ningún robo, ni de los jardines osa nadie tocar siquiera un solo clavel, y esto se debe en primer término á la naturaleza de sus habitantes, á su buena policía y á una cualidad desconocida en España: el respeto á la ley y á la autoridad; y eso que Bremen es una ciudad medio cosmopolita, porque al lado del hotel de un mejicano retirado del comercio se encuentra la casa del ruso retirado de Moscow; aquí residen el peruano y el danés, el inglés y el turco, el indiano y el francés, pero todos, adoptando á Bremen como suyo, contribuyen á su ornato, á su embellecimiento, á su prosperidad. Por eso mismo este pueblo es uno de los que conservan más aseo en sus calles y paseos, más severidad en su policía, más exigencias en sus costumbres morales: todos han contribuido á la formación de sus magníficos museos, en uno de los cuales se conserva el famoso original de Lentze que representa á Washington atravesando el río helado de Delaware (Estados-Unidos); todos también han costeado sus numerosas estatuas, entre las que sobresalen en los parterres la del astrónomo *Obers*, de mármol blanco de Carrara; la de Gustavo Adolfo, Rey de Suecia, de bronce, la de Smidt y otras muchas.

Bremen atraviesa hoy un paréntesis en sus costumbres; aquí, donde normalmente se almuerza fiambre á las nueve de la mañana, se come á las dos, se cena á las ocho y se recogen á las gentes á las diez, hoy se come cuándo y donde se puede, y la mayor parte de sus habitantes se levantan y se acuestan con la luz del día porque anochece á las nueve y media, y á la una de la madrugada comienza el crepúsculo matutino; la Exposición lo invade y lo trastorna todo; para dicha y paz de los buenos bremenses, el lunes 22 concluye, y todo el mundo volverá á entrar en caja.

Como dije á Vds. en mi anterior, desde ayer tenemos aquí al príncipe real; desde hace cuatro días al Rey de Sajonia, que se le encuentra en todos los sitios y á todas las horas; el príncipe Coburgo-Gotha preside con el de Pless todas las fiestas ecuestres, que son magníficas; el segundo ha presentado, entre varios, un hermoso caballo valorado en 30.000 thalers bremenses (450.000 reales). Es un príncipe inmensamente rico, que todo lo presenta rodeado de una magnificencia singular; cada caballo, cada buey, cada vaca, está al cuidado de uno de sus criados con librea y gorra de raso azul turquí con botonaduras de plata, calzon de punto blanco con botas de campana y guantes blancos para cuidar á los *bueyes*; ¡bien es verdad que todo ello está muy limpio!

El príncipe real también ha presentado animales y productos dignos de admiración, y su representante al inmediato cuidado de todo es el príncipe Hohenlohe Schillingfürst, actual embajador de Alemania en París, y que ha venido ex-profeso, y continuamente está á caballo dirigiendo estos belenes.

La Exposición, cuyo plano adjunto á Vds., es una serie de establecimientos de hierro y madera pintada, tan sólidamente construidos que desconsuela la idea de verlos deshacer dentro de cinco días; cada establecimiento está destinado á su ramo respectivo; el de las flores es bellísimo: solamente en pensamientos hay una colección que asciende á trescientas ochenta y cinco clases, todas distintas y todos bellos. La ciudad de Hannover ha presentado un ramo de camelias, cuyo tiesto mide metro y medio de diámetro por tres de altura desde su base á la última flor: allí se enlaza el plátano cargado de fruto con el elegante laurel, las anchas hojas de tabaco en amigable consorcio con las espigas del garbanzo (aquí planta rara). Un caballero de Dresde ha presentado una colección de frutos que llama la atención sobremediana, habiendo merecido el primer premio un inmenso paquete de espárragos, que son fenomenales.

Pero lo verdaderamente notable, son los establos de animales; tres bueyes han ganado el premio: el primero, propiedad del príncipe real, es todo blanco como la espuma, adornado con cintas y correas pintadas de azul; pesa poca cosa: 3.480 libras; un cerdo pintado, pesa 971. En el establecimiento de los volátiles hay un primer premio otorgado á un gallo y dos gallinas, compatriotas nuestros: son soberbios animales.

Imposible que yo pueda dar á Vds. una idea de la diversidad de objetos que contiene esta Exposición, de que nadie habló, ni las trompetas de la fama sonaron en su honor hasta hoy, pero que no por eso es menos digna, relativamente hablando, que sus congéneres de Londres, París y Viena; y siendo en corta escala no lo es tanto que no tenga también un Circo rodeado de tribunas y pabellones, dedicado á la exhibición parcial de los animales, y cuyo perímetro asciende á 5.700 metros cuadrados.

Aquí se encuentra de todo un poco, pero este poco es muy bueno.

Ayer comenzaron las carreras de caballos, que durarán tres días, y que preside el príncipe real: esta tarde á las tres son las de los oficiales de caballería prusiana, en la que hay ya apuestas de cincuenta y ochenta mil marcos (400.000 reales).

Mañana es la gran corrida, para la que hay dispuestos barrancos, saltos de río, persecución de ciervos y otras meaudencias para romperse algunas piernas. Yo pacíficamente pienso asistir, sentado en mi tribuna, con catalejo en mano.

La tercera carta veremos si consigo escribirla algo más despacio que las que llevo dirigidas; pero ustedes deben comprender que yo estoy viviendo al vapor y contando siempre los minutos que faltan para ser puntual en esta ó en la otra parte.

Para concluir, añadiré á Vds. que en Bremen, como en toda la Alemania, no se piensa sino en comer y beber; regla general: entre dos alemanes se encuentran siempre un par de botellas y algunas lonjas de lengua ahumada. Tengo un compañero bremense de pura raza que no recuerda haber bebido agua pura en su vida: cuando hace frío se calienta con cerveza, y cuando hace calor se refresca con cerveza; en la primavera y en el otoño bebe *porter*, que es algo más fuerte que la cerveza; anoche le obligué á probar el agua y al fin conseguí este empeño, pero en el agua echó dos dedos de brandy. He dicho.

Consérvense Vds. buenos y sin carlistas, y reciban un abrazo de su afectísimo amigo

LUIS RACETTI.

P. D. En este momento (las 2 de la tarde) llega un tren con el gran duque de Oldenburg y su familia y la ex-reina de Grecia.

CASCABELES.

¿Qué se hizo aquel empresario tan galante, del público sedentario tan amante, que a todo el que se sentaba en el Prado con música le obsequiaba de contado?... Hoy el público echa menos, á fé mia, aquellos tiempos tan buenos de armonía.

Los conciertos del Retiro, cada vez más animados; allí van damas hermosas de esas que nos ponemos, verlas con aquel donaire y aquellos vestidos blancos, la música deliciosa: cuando suena me desmayo, y me elevo al quinto cielo, ó por lo menos al cuarto. El café muy bien servido, y para mayor regalo allí se vé á los de Pi, á los del imberbe Martos, á los del señor Sagasta, á Pavia el arrojado, que en vió á la federal con mucha gracia á los diablitos; y en fin, á cien personajes de los que nos han pegado con la célebre gloriosa el más estupendo chasco.

—No aprovecha el verano el Sr. de Castelar para ir á dar un paseo y en los pueblos predicar? —Ya se ha llegado á escamar y no saldrá, porque creó que en cuanto comienza á hablar le dicen todos: «¡Te veo!»

Pepita Jimenez es buena novela, obra muy bonita de D. Juan Valera. Plaza de Matute, núm. 2, tienda, venden ejemplares y muy pocos quedan. La edición de lujo medio duro cuesta; si es para provincias vale tres pesetas, y cuesta una ménos la edición pequeña.

Si ya no los tiene Vd., hágame Vd. la merced de comprar sin dilación nuestros Cuentos de Salon. Una peseta es el tomo y en provincias cinco reales, y esta obra verá Vd. como le alivia todos los males.

Nuestro amigo D. Ricardo Sepúlveda, un caballero, á la Granja se marchó buscando flores y fresco. Desde allí me ha prometido dirigirme en prosa ó verso noticias de lo que vea en un sitio tan ameno. Que dé expresiones al duque y á los chiquitos un beso, y que no se quede en dicho su galante ofrecimiento.

Ya tienen tren de recreo los que, teniendo con qué, quieran ir al Sardinero en este abrasado mes. Sitio fresco, buenas fondas, se come barato y bien, y el clima... no le hay más sano que el clima de Santander. Nueve duros no completos tiene que pagar Vd. por ir á tan bello sitio, digo, por ir y volver en un coche de segunda, que irá Vd. muy rebebien. Si prefiere usted tercera porque hay falta de parnés, con siete duros y medio ya está Vd. en Santander. Los miércoles y los sábados, á las doce, sale el tren. Vaya Vd., doña Rosario, y Vd. también doña Inés, á ver si el calor del hígado se les quita de una vez. Lleve Vd., D. Atilano, á su señora mujer, y á los nueve chiquitines, que les sentará muy bien. Que no se olvide el botijo por si acaso tienen sed; refresquense Vds. mucho mientras yo en esta sarten me quedo envidiando á todo el que se vá á Santander.

La Brújula, en un artículo, cándidamente pregunta a qué es lo que al fin quedará de la salada República. Quedará luto, miseria, hambre, desengaño, angustia. Esto desgraciadamente quedará de la República, á la que todos desean que pronto Dios la confunda.

Aunque me cuesta un sentido, en honor del generalmente y distinguido, que valiente ha sucumbido con arrojo sin igual, hoy publica EL CASCABEL su retrato exacto y fiel, y espero que el suscriptor, viendo lo que hago por él, me agradezca este favor.

El marqués de Vega Armijo, que es de España embajador en París, fue á visitar al Sr. de Mac-Mahón. Este le dijo: Bon jour.—y el otro le contestó:—A los pies de Vd., amigo; y ¿qué tal va ese valor? ¿Nos reconoce Vd. pronto?—En eso pensando estoy;—en cuanto le reconozcan la cesantía ó pensión al Sr. de García Raiz, ministro del Interior que fue por mor de Pavia en el Gobierno español. Con esto, cuenta la crónica, la entrevista se acabó, y el Sr. de Vega Armijo dió la mano á Mac-Mahón, y aquel se largó á su casa y éste en la suya quedó.

Eco de Búrgos se llama un periódico novel, que ha llegado al CASCABEL precedido de gran fama. De aquel pueblo castellano merece todo el favor su ilustrado director, Sr. Castillo y Soriano.

Yo no me canso de ver á la Pinchiara bailar; mérito tan singular, no lo ví en otra mujer. Veran Vds. si al fin, llevado de mi afición, dejando mi profesion cojo y me hago bailarín.

Pues señor, yo estoy absorto al ver que el consolidado á once y un pico muy corto esta semana ha bajado.

El papel en tan precaria y tan triste situación, no tiene duda que es con—quista revolucionaria.

Son muchas las cesantías que en todos los ministerios perpetran todos los días estos ministros muy sérios.

En la patria de Cervantes, dirá la historia algun día, se sabe que solo habia empleados y cesantes.

Dígame Vd., señora, si es casada, si se halla embarazada, que es estado alarmante aunque se llame estado interesante. Lo digo, porque ahora acaba de salir, bella señora, un librito, es decir, un Manual de la mujer embarazada, el cual muy fáciles remedios y seguros presenta para casos semejantes, en que pasan las damas mil apuros contando los minutos, los instantes. Este libro benéfico y preciso explica la manera de cuidar á la dama sandunguera, á quien el cielo quiso elegir para madre en este mundo. El Sr. Codinach, hombre profundo, es el autor del libro que encarezco. El me lo ha remitido y lo agradezco, aunque presumo yo que, Dios mediante, no he de verme en estado interesante.

En Méjico se está publicando con gran aceptación la linda novela de mi amigo Guerrero La nube negra, que es el tomo XVII de Cuentos de Salon. Como no hay tratado con Méjico, el autor no cobra un cuarto.

Pues señor, no hay más que ver: del impuesto, esceptuados los artículos llamados de comer, beber y arder, á las cajas de cerillas se les grava grandemente. Estas cosas, francamente, me sacan de mis casillas; pues he venido á saber, gracias al Gobierno amable, que una materia inflamable no es artículo de arder.

¡Oh señor gobernador! Dios guarde á Vd. muchos años: he recibido el oficio con que vuecencia me ha honrado, en el que me dice usía que si de la guerra hablo con imprudencia notoria, se verá Vd. en el caso de suspenderme el periódico, que es como darme tres palos. ¡Oh! Señor gobernador, viva usía descuidado, que no hablaré de la guerra, ni he de dar en ningún caso noticias que comprometan el reposo del Estado. Vuecencia mande otra cosa, y que viva usted mil años.

Me complazco en declarar que el ministro de Fomento es hombre de entendimiento, que pruebas empiezo á dar de actividad y talento. Recientes disposiciones muy acertadas ha dado, con las que bien ha probado las muy buenas intenciones con que en el poder ha entrado.

¡Oh! Padres cariñosos que amais á vuestros hijos; yo os aconsejo humilde, y con fervor os pido, que á Los Niños muy pronto vengais á suscribros. Va á regalar la empresa un bello teatrillo á los que se suscriban amables á Los Niños. Venid, venid al punto, venid á suscribros y no negueis tan útil recreo á vuestros hijos.

EPÍGRAMAS.

A una chica muy salada, bromeando, pregunté: ¿en qué piensas, prenda amada, cuando no piensas en nada? y ella me dijo: en usted.

Pilar se obstina en probar que ella podría estudiar con provecho una carrera; y tiene razon Pilar, puesto que ya es bachillera.

Rompamos, Célia; tu lujo destruye mi capital, y aunque me cuesta el dejarte, guardarte me cuesta más.

Yo no he visto hombre más terco que el cura de mi parroquia; empeñado en que oiga misa, sabiendo que soy tan sorda.

Censura el vulgo atrevido mi entendimiento harto escaso; pero, señores, ¿acaso me doy yo por entendido?

EDUARDO QUILEZ.

ANUNCIOS.

Á REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2.

Á REAL LA LINEA.

VERMOUHT DE SALLÉS

ÚNICO EN SU CLASE.

Especialidad para combatir las enfermedades del estómago, hígado é intestinos. Premiado por el ilustre Colegio de farmacéuticos de Barcelona con medalla de plata, y en diferentes Exposiciones.

Aprobado por la Academia de Medicina y Cirugía, otras corporaciones científicas y profesores médicos. Depósito en Madrid en casa de los Sres. Prast, Arenal, 8; García Regalado, Mayor, 39; Besteiro, Imperial, 3; Arana, Preciados, 9; Los dos Siglos, Sevilla, 15; y Sanjaume, Horno de la Mata, 15.—Para pedidos de importancia dirigirse á D. Salvador Sallés—por Barcelona—SANS.

CUENTOS DE SALON

SE HA PUBLICADO EL TOMO 18 QUE CONTIENE

LA NOVELA

MANO DE ANGEL

por

D. CARLOS FRONTAURA.

Cuatro reales en Madrid y cinco en provincias.

DICCIONARIO MILITAR

por

ALMIRANTE

100 reales en Madrid y 112 en provincias.

Administración de EL CASCABEL.

GRAN FÁBRICA DE CHOCOLATES MOVIDA Á VAPOR DE LOPEZ Y VAZQUEZ, CALLE DE GRAVINA, NÚM. 6.

Despacho central y oficinas: Cuatro Calles, esquina á la del Príncipe.—Casa fundada en 1808.

La respetable antigüedad de esta casa, cuyo crédito ha aumentado á medida que ha pasado el tiempo, nos dispensaba seguramente de encarecer nuestros buenos deseos para complacer al público en este importante ramo de la industria. Nos permitimos sin embargo, hacer constar que, para atender dignamente á las tareas de encargo, y sin reparar en sacrificios, hemos montado una gran fábrica con todos los elementos precisos para que la producción sea de la más excelente calidad, y no podamos temer ninguna competencia.

El público, que hace tantos años viene favoreciendo á esta casa, hará, estamos seguros, cumplida justicia á nuestros desvelos, que son testimonio de la gratitud que le profesamos.

Estos chocolates se expenden en las principales tiendas de ultramarinos y confiterías de Madrid y provincias.

Precios de chocolates: de 4 á 20 rs. libra. Con vainilla de 10 á 20.

¡DESDE EL CIELO!

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES original de

DON CARLOS FRONTAURA representada con gran éxito.

Se vende á 4 rs. y se manda á provincias remitien á queal importe.

Esta obra, por su sencillez, por su moralidad, y por no tener más que cuatro personajes, es muy á propósito para ser representada en casas particulares y sociedades dramáticas.

Administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

EL PRÓ Y EL CONTRA

DE LA VIDA MODERNA

Bajo el punto de vista médico-social,

por

DON JOSÉ DE LETAMENDI.

Obra al alcance de toda persona ilustrada.

Puntos principales de venta: Madrid, Bailly-Bailliere, Maya y demás librerías. Barcelona, Colegio de Medicina, Universidad, kiosko frente al café, Cuyas y en las principales librerías.

Precio de un ejemplar, DOS pesetas. Para los pedidos dirigirse al apoderado del autor, D. Jacinto Güel, Bédel, Facultad de Medicina, Barcelona.

EL ESTADO INTERESANTE

MANUAL

de LA MUJER EMBARAZADA

6

Remedios fáciles y seguros, para corregir las afecciones del embarazo, con el método de partear, y un apéndice con la cuenta de la mujer embarazada.

por

D. ANTONIO PONS Y CODINACH profesor en medicina y cirugía etc.

Se venden en las principales librerías á 4 rs. el ejemplar.

PEPITA JIMENEZ

por

Don Juan Valera.

Libro que ha llamado extraordinariamente la atención. Se vende á 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, la edición delujo, y la edición económica á 6 y 8 respectivamente. En la Administración de EL CASCABEL.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO premiada en la Exposición de Viena

DIREGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA.

Por un año 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Administración, Plaza de Matute, 2, Madrid.